

Florencia Guzmán, *Los claroscuros del mestizaje. Negros, indios y castas en la Catamarca Colonial*. Córdoba, Encuentro Grupo Editor, 2010. 233 páginas

Los Claroscuros del Mestizaje está centrado en el estudio de un lugar que podríamos considerar “pequeño” en relación con la extensión territorial de lo que es la Argentina actual o de lo que era el territorio virreinal: el Valle de Catamarca. Sin embargo, como un claro ejemplo del alcance en profundidad y extensión comparativa que tiene la denominada historia local, bajo la mirada de Guzmán el Valle de Catamarca se vuelve un espacio de grandísima complejidad. No es casual, entonces, que el libro comience con la descripción de uno de sus protagonistas: “el Valle de Catamarca, con sus ríos, montañas, suelo, producción y población”. La visión que se nos da al comienzo del libro del contexto geográfico, de las diversidades ecológicas y de las limitaciones o potencialidades naturales sirve para situarnos con mayor seguridad en las coordenadas témporo-espaciales. Una vez allí, se empiezan a establecer relaciones lógicas entre la dinámica poblacional, que la autora describirá a lo largo del libro, y la fuerte impronta de un territorio rico y cambiante, que se tornará “particularizado” a medida que se avance en la lectura. En este sentido, es muy interesante la búsqueda de elementos distintivos que hace la investigadora –por ejemplo, la historia de la fundación de la ciudad, de los grupos que la fueron poblando en circunstancias diversas, etc. –, logrando convencer a los lectores que se está ante un lugar muy especial y diferente de lo que lo rodea.

El Valle de Catamarca es, entonces, el lugar donde se desenvuelve una trama situada en los siglos XVII, y sobre todo XVIII y comienzos del XIX que –como quedará remarcado continuamente– estuvo caracterizada por el dinamismo. Y es en ese mismo dinamismo donde la historiadora irá poniendo el foco de análisis de las sucesivas temáticas bajo investigación, con un objetivo muy claro que queda explicitado en las primeras páginas:

El objetivo que me guía es el de analizar la manera en que los agentes sociales, colectivos e individuales participan de la producción, reproducción y transformación de las estructuras mediante una praxis y a través de la elaboración de estrategias de distinta índole. Entender a las poblaciones esclavas y libres de esta manera les devuelve agencia y nos aleja de la imagen de meros objetos de propiedad y de víctimas pasivas del poder

discrecional de los amos; al mismo tiempo que nos acercan al ‘mundo creado por los esclavos’, es decir, a la vida y a las prácticas de mujeres y varones negros, que no se dejaron destruir psíquica y físicamente por su condición servil, que respondieron creativamente a la adversidad, que fueron forjadores de cultura y, sobre todo, de cultura de resistencia” (p. 16).

En este sentido, Guzmán destaca reiteradas veces la idea de lo imprevisible de las prácticas humanas. Estos “lugares imprevistos”, como ella misma dice, que requieren reconocimiento y que generan “voces disonantes”, son exactamente lo que se propone estudiar. Para llevarlo a cabo, hay en el libro uso intensivo de fuentes de diversa índole, tales como censos generales, informes de visitas y revisitas de indios, archivos parroquiales, protocolos notariales, actas, fuentes judiciales y carpetas de las Temporalidades, entre otros. Justamente, esta riqueza documental le va a permitir a la historiadora “poner en movimiento” la fijeza de las construcciones estadísticas y repensar hipótesis sobre esos números cuya tarea de reconstrucción y análisis es igualmente notable. La autora irá guiando la lectura a través de sus preguntas, que quedan como huellas del proceso de investigación que siguió y que la mayoría de las veces se proponen como formas novedosas de entender y entrelazar las fuentes.

Así, en la primera parte del libro –que está dividido en dos–, Guzmán presenta los datos de una sociedad colonial catamarqueña que permite a los lectores inmiscuirse en una estructura poblacional, productiva y ecológica compleja, donde sobresalen las elaboraciones en forma de cuadros, gráficos y mapas.

Aunque la propuesta de una suerte de análisis socio-demográfico histórico no lo permite en principio suponer, Guzmán logra desde el aparente “congelamiento” que dan los números introducir a los lectores en la problemática relación de las categorías clasificatorias con los sujetos a los que éstas supuestamente ordenan y con quienes están encargados de hacer la medición y de leer los resultados. En este sentido, dentro de cada uno de los llamados “grandes grupos” poblacionales: hispanocriollos, indios y castas (léase negros, pardos, mulatos, zambos, también algunos mestizos, es decir, categorías mezcladas), la investigadora comienza a desgranar la complejidad derivada de un proceso que socavaba las bases mismas de esa ordenación en la que se sustentaba el sistema tributario y de movilidad de mano de obra, como era el mestizaje.

Poniendo el foco en la dinámica de una sociedad que estuvo originada en la ideología del estatismo del Antiguo Régimen, Guzmán logra mostrar cómo las aparentemente “simples” absorciones o deslizamientos categoriales que se detectan sutilmente en las mediciones estadísticas –generadas, en forma preponderante, por un irrefrenable mestizaje–, son una base desde donde se puede construir conocimiento profundo de las relaciones entre personas y grupos. La autora nos permite, así, adentrarnos también en las relaciones familiares, grupales y sociales, y, por qué no, en las expectativas que podían generarse en semejante contexto.

Si la primera parte es una introducción contundente al mundo colonial de la Catamarca del Valle, cuyos datos ya quedan disponibles para ser reutilizados por otros y otras investigadores/as, la segunda parte tiene la característica de poner todos los datos obtenidos en movimiento y relación.

Es así que en la segunda parte del libro, no casualmente llamada “La Dinámica Social”, Guzmán presenta un mundo imbricado e interpenetrado tanto por relaciones de jerarquía y desigualdad como de cooperación, de amor y desamor, sin proponer esto como una oposición sino reconociendo que el mismo mestizaje no oculta ni borra las diferencias sociales ni las expectativas encontradas. Entrecruzando las fuentes disponibles, la historiadora desgrana respuestas para los vacíos que plantea la sola utilización de las estadísticas, siendo uno de ellos la famosa “desaparición” de la población afrodescendiente.

El estudio de la familia vallista, no como forma nuclear sino como organización social, el análisis del mundo del trabajo o la legalidad y el control (o no control) de la Iglesia en los matrimonios y nacimientos, permiten ver un mundo que cambiaba constantemente y en el que se configuraba un sector subalterno cuya agencia queda registrada con ojo avizor. Es que Guzmán muestra, además, un gran conocimiento de la bibliografía existente –tanto del ámbito de la historia como de la antropología–, lo que le permite generar interpretaciones sutiles y sugerentes. La mirada de género, en este contexto, no sólo está presente sino que organiza buena parte de sus interpretaciones, que van permitiendo inferir una sociedad en el que distintos tipos de mujeres accionaban según sus posibilidades e intereses de acuerdo con los constreñimientos de la limpieza de sangre y el honor, y del patriarcado.

Si el escrito está caracterizado por el rigor, la claridad expositiva y el formidable apoyo documental y bibliográfico, nos introduce en problemáticas que, aunque puedan parecer lejanas y que describen procesos terminados, marcan aún el paso de una sociedad que sigue negándose mestiza, india o afro, que sigue proponiendo la “blanquitud” como modelo a conseguir, que se basa en relaciones de jerarquías que se podrían entender como “feudalizadas” y que continúa afianzando una desigualdad que, sin embargo, estudios como éste ayudan a comprender y, por ello, a problematizar.

Lea Geler

CONICET – Universidad de Buenos Aires